

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

(DE BORDOY.)

Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.

Me vinieron todos los bienes juntamente con ella.

Sabiduría, c. 7. v. 11.

Corramos, señores míos, un velo sobre las tristes y lúgubres escenas que se representaban en el mundo ántes de la venida de Jesucristo. El corazón sensible ó virtuoso se resiste á dar entrada á pensamientos tan funestos, que le recuerdan amargamente la bárbara tiranía con que el príncipe de las tinieblas tenia esclavizados á todos los hombres. Allí, despojados estos al parecer de la racionalidad que al criarlos les habia concedido Dios, se atropellan á rendir sumisos honores y homenajes á los ídolos que sus mismas manos habian fabricado: allá se oyen los ecos lastimeros de las víctimas humanas, sacrificadas bárbaramente al mayor enemigo del género humano: en esta parte los homicidios, los robos, los adulterios están canonizados por actos heroicos de virtud: en esta otra...; pero no; he dicho que olvidemos enteramente tan monstruosas imágenes, capaces de alterar la tranquilidad del corazón sensible y virtuoso.

Alegrémonos, señores, porque llegó en fin el tiempo en que la justicia y la paz se dieron un estrecho abrazo, para dar á los mortales la felicidad y bienandanza de que tanto tiempo habia carecian. El Hijo del eterno Padre aparece en medio de nos-

otros en el tiempo mismo vaticinado por los profetas; y ved que la faz del universo se muda enteramente. Los santos y patriarcas de la antigua ley, al describirnos el carácter bondadoso de tan dulce Salvador, nos hacen una fiel y exacta pintura de los bienes y felicidades que consigo ha traído al género humano. La destruccion de la idolatría, la conversion de los gentiles, la mudanza en las costumbres, el amor á la virtud, hazañas son de Jesucristo, de quien por eso dice san Pablo, que con su sangre ha pacificado todo lo que hay en la tierra y en el cielo (1). De esa manera estos mismos profetas clamaban continuamente: enviád, Señor, al Cordero que ha de enseñorear la tierra (2), porque estamos bien seguros, que como dice la esposa de los Cantares, con él vendrán todos los bienes. Decid á los flacos de corazón, añade Isaías, esforzáos y no temáis, porque vuestro Dios vendrá... y os salvará. Entónces se abrirán los ojos de los ciegos y las orejas de los sordos. Entónces saltará el cojo como ciervo, y soltarse há la lengua de los mudos (3). Por que él será llamado admirable, consejero, Dios, fuerte, padre del siglo futuro, príncipe de paz (4). Por eso concluye Isaías: regocíjate, hija de Sion, y derrama loores, porque el Santo de Israel está en medio de ti (5).

Pero la mayor hazaña y el mayor bien de la venida de Jesucristo, fué, señores míos, la institucion de su Iglesia. ¿De qué nos hubiera servido la iluminacion de los gentiles, y la destruccion de la idolatría, y la profundidad de su doctrina, y lo estupendo de sus milagros, y el ejemplo de su vida, si nos hubiera dejado otra vez expuestos á la ferocidad de los lobos? ¿De qué nos aprovecharia el cuidado de este Salvador de instruir á los hombres en las máximas del Evangelio, sus correrías por los lugares mas infelices de la Judea para anunciarles las palabras de salud y vida eterna, y por decirlo de una vez, de qué nos aprovecharia que hubiese derramado su sangre en la cruz, si abandonados á nosotros mismos, sin pastor, sin caudillo que nos guiase, volviésemos á ser el juguete del padre de la mentira? Pues esto y mucho mas seríamos, si Jesucristo por su infinita misericordia no hubiese establecido su Iglesia, en la cual congregados y unidos los verdaderos creyentes, forman su pue-

(1) *Coloss. c. 1. v. 20.* (2) *Isai. c. 16. v. 1.* (3) *Isai. c. 35. v. 4. 5. et 6.*

(4) *Isai. c. 9. v. 6.* (5) *Isai. c. 12. v. 6.*

blo escogido, la nacion santa, el real sacerdocio, los hijos del Altísimo.

¡Qué placer y consuelo experimenta el alma, que vivamente penetrada de la inestabilidad y flaqueza de la naturaleza humana, conoce la necesidad de pastores que la instruyan, de sacramentos que la fortalezcan, de gracia que la santifique, cuando considera que todo esto junto nos vino con el establecimiento de la Iglesia! Así es, que desde luego se dejaron ver en el teatro del mundo filósofos gentiles que seguian las máximas del Evangelio, famosos emperadores que abrazaban al cristianismo, hombres altivos reducidos al estado de humillacion y abatimiento, ricas doncellas amadoras de la castidad y pobreza, célebres cortesanos convertidos en famosos anacoretas; y en fin se vieron los Ignacios, los Policarpas, los Agustinos, los Ambrosios, las Bárbaras, las Eulalias, los Loyolas, los Felipes, y toda la serie de santos y famosos mártires, que forman la mas singular y excelente pirámide, levantada en medio de la Iglesia para trofeo y gloria de su fundador Jesucristo.

Pues á esta Iglesia, á esta obra la mas preciosa de sus manos, ¿cómo la amará el Salvador? La ama como cosa propia suya, salida de su propio costado. Ámala como cabeza á sus miembros, en quien influye su espíritu y su gracia; como esposo á su esposa, objeto de todas sus caricias; como pastor á su rebaño, por cuya conservacion vela continuamente; como príncipe á sus vasallos, que únicamente atiende á su felicidad; en fin la ama como padre á sus hijos, á los cuales les dió todo el ser espiritual que tienen.

Pero en donde ha resplandecido mas este amor de Jesucristo para su Iglesia, es en haberle dejado á su madre santísima por su pastora y su patrona. Ah! mi corazon se alegra y salta de placer, Dios mio, cuando no obstante los poderosos auxilios que para mi bien habéis dispuesto, me acuerdo de que tengo á María por mi abogada y protectora. ¡De cuántos bienes colmará á mi alma esta soberana Señora! de cuántos peligros me librará! de cuántos enemigos me defenderá! Seguro estoy en este destierro, en este campo de batalla con tal compañía y tal caudillo. ¿Qué se me negará ahora, si por mí se interesa María? Sus peticiones aceptas á su divino Hijo serán siempre felizmente despachadas. Que se conjure el abismo, que se mancomunen los mas poderosos del siglo para destruir á la Iglesia, ni esta ni

yo sucumbiremos, porque María es la que nos defiende, nos ampara, nos protege. Sí, esta es mi esperanza, y no quedaré confundido.

¡Ó dia para siempre memorable aquel en que, moribundo el Hijo del Eterno y luchando con las agonías de la muerte, encomendó á Juan á la vigilancia y proteccion de María, que es lo mismo que decir, á la Iglesia universal, representada en el santo evangelista! Desde entónces ocupada únicamente esta soberana Señora en el bien de sus nuevos hijos, que con tantos y acerbísimos dolores habia parido al pié de la cruz, les prodiga su amparo y proteccion. En vida ya aparece á Santiago en Zaragoza, para animarle y alentarle en la empresa que habia comenzado; y despues de su gloriosa muerte; con cuántas apariciones, con cuántos prodigios ha honrado á su Iglesia, la ha defendido, la ha dilatado hasta los países mas remotos! Hablen por mí los antiguos y modernos monumentos, levantados para eterno y amoroso recuerdo del maternal cuidado, que María ha tenido de la preciosa herencia de su Hijo.

Pero ¿para qué entretenernos en buscar ejemplos de esta verdad, cuando tan evidentemente la tenemos demostrada en la milagrosa aparicion de nuestra Señora de Guadalupe? Ah! ¿quién es el estúpido que en esta divina aparicion no reconoce claramente el amor de María hácia sus hijos y su Iglesia? Transportaos, infelices, á los cerros y montañas de Méjico, y allí, allí mismo veréis los prodigios y esfuerzos que hace la Señora, para dar una prueba de su amor y confianza á aquellos venturosos neófitos que acababan de alistarse en las banderas de su Hijo. Apenas se establece en aquellas, ántes desdichadas, pero ahora dichosísimas tierras, la fe del Crucificado, cuando María les da á conocer que ella ha sido la directora y protectora de tamaña felicidad. Se aparece á un tal Diego sencillo y virtuoso aldeano, y por último le entrega su efigie, para que, colocada en un templo en las cercanías de Méjico, se conozca que á ella se deben tantas victorias y triunfos; y para que tambien, como desde un alto alcázar, derrame con profusion sus favores y beneficios sobre aquella comarca y sobre todos los que imploren sus poderosos auxilios. Oh! cuán gran beneficio! Y cómo debemos corresponder!

Sí, estos deben ser los sentimientos que en vosotros debe causar la milagrosa aparicion de María de Guadalupe. Conside-

rar profundamente cuán grande ha sido este favor para la Iglesia, para las Américas y para todo el reino español; y también que de nada nos servirían estas finezas del amor de María, si nosotros no procuramos eficazmente corresponder con nuestras obras á tan imponderable beneficio. Este es el asunto que ocupará vuestra atención en este breve rato: ántes encarecidamente os ruego, juntéis vuestras oraciones con las mías, para implorar las luces del Espíritu santo, de que yo y vosotros tanto necesitamos. Supliquémoslas también por la intercesión de María saludándola con el ángel llena de gracia. *Ave María.*

Contemplemos, señores míos, los pasos majestuosos de la Providencia divina que dispone las cosas suavemente para sus altos fines. Movidó en fin á compasión el Eterno de una remota y dilatada región, en la que el demonio ejercía su imperio tiránicamente, le envía la salud y la felicidad. Ocupado el almirante Colon con las grandiosas ideas de que había de haber otro continente que conservase en perfecto equilibrio toda la tierra, se acoge á los reyes de España, los virtuosos Fernando é Isabel, para que destinándole á tan gloriosa empresa, y suministrándole gente y armada, añadiesen á la fama de su virtud y al valor de sus armas el descubrimiento de un nuevo mundo. Las naves á velas tendidas surcan mares incógnitos: la naturaleza, atónita de semejante osadía, aguarda el éxito de este valeroso atrevimiento. Pero la mano divina que guía á estos valerosos españoles por los peligros y escollos, los hace llegar felizmente á la tierra deseada, y por premio de su constancia y esfuerzo les entrega en su poder un nuevo mundo. Corred, corred, españoles, á dar tan plausible noticia á Fernando é Isabel, quienes, levantadas sus manos al cielo para implorar su favor, aguardan impacientes el éxito de tamaña empresa. Decídeles que sí, que se han descubierto dilatadísimas y fertilísimas tierras, pero empapadas, ó dolor! con la sangre de millares de víctimas humanas, sacrificadas á la sed insaciable del monstruo del abismo. Decídeles también que allá tienen un campo para ejercitar su celo, enviando infinitos operarios, para recoger la abundante mies que les ha destinado el Padre de familias; y en fin decídeles que este nuevo descubrimiento ha sido un premio de su virtud, de su amor á la Religión, y de su celo en aumen-

tarla, y dilatarla hasta los países mas remotos de la gentilidad.

Así descubierto el Nuevo-mundo, se debe pensar seriamente en su conquista. La razón y la justicia están de su parte, y quieren ser vengadas. Hernán Cortés, (oh y qué dulce nombre para los españoles) Hernán Cortés está encargado de un negocio tan arduo. Con su pequeño ejército, después de contradicciones y borrascas, salta en tierra; gana la batalla de Tabasco; hace alianza con los de Zempoala; vence á los tlascaltecas; aprisiona á Motezuma en su mismo palacio; triunfa de los mejicanos en el famoso valle de Otumba; y después de mil y mil combates y victorias, tremola el estandarte de la Fe sobre los altos palacios de la infidelidad. Ó vosotros que estáis encargados de transmitir á la posteridad los hechos memorables de los varones ilustres, no os olvidéis de esta brillante conquista, y pintádlas con los colores mas enérgicos y expresivos del valor y de la constancia.

Á estos prósperos y felices acontecimientos de las armas españolas se siguió el establecimiento del cristianismo en aquellas tierras recién conquistadas. Llenos los españoles de una santa indignación al ver los inmundos sacrificios con que honraban á sus dioses, los derriban en tierra, los hacen pedazos, los conculcan y los pisan, y ponen en su lugar la imagen del Crucificado, convirtiendo de esa manera aquellos lugares inmundos y de prostitución en otros tantos templos, en donde se tributen al Eterno el honor y homenaje que le son debidos. Entónces...; pero, y ¿por qué olvidarnos de que todos estos bienes se deben á María de Guadalupe?

Así es que apenas establecieron los españoles su imperio en aquellas regiones, y se oyeron las voces de los ministros del Evangelio, cuando María obró el mayor de sus prodigios, dejando impresa su imagen en el manto de un indio, para que, colocada en un templo, se la venerase bajo el dulce título de María de Guadalupe. ¿Con qué expresiones de ternura os podré pintar esta milagrosa aparición? No satisfecha la Virgen de tantos oratorios como le habían edificado los españoles en los rápidos progresos de sus victorias, quiso ella misma dejarse ver, para mandar se le edificase uno como centro de sus gracias y favores. Pero ¡qué conjunto de prodigios suceden en esta aparición! María entre músicas celestiales habla á un simple aldea-

no; este corre al obispo de Méjico para darle embajada; y el obispo no le cree. Vuelve María á aparecer al indio, y envíale otra vez al obispo, y este aún no le da crédito. No te canses, le añade, no te canses en vano; hasta que me traigas una señal cierta de que María quiere se le edifique un templo en las montañas de Méjico, no creeré lo que dices. — Apresurado el indio se vuelve á decir á la Señora lo que el obispo le había dicho. Pero María insiste en que se ha de cumplir su voluntad. Coge, le dice, aquellas rosas frescas y lozanas, ponlas en el regazo de tu capa, y entrégalas al obispo, diciéndole que esta es la señal cierta que yo le envío de mi voluntad. En gran manera alegre el indio, se presenta de nuevo al obispo. Ved aquí, le dice, la señal cierta que me ha dado María, para que ejecutéis lo que ella ha mandado. — Y al desplegar la capa para enseñarle las rosas, se descubre, ó prodigio el mas estupendo! ó maravilla inaudita! se descubre pintada en aquel mismo manto la imagen de nuestra Señora de Guadalupe. Cielos! ¿no testificáis de esa manera que todo el bien y felicidad de las Américas vienen del amparo y proteccion de María de Guadalupe?

No me equivocaba pues, señores, cuando decia, que el descubrimiento y la conquista de Indias se debian á la proteccion de María de Guadalupe. Sí, María de Guadalupe fué la que inspiró el noble pensamiento de descubrir las Américas al amirante Colon; la que le defendió de los tiros malignos de sus émulos, y la que movió á Isabel y Fernando á ofrecer sus tesoros y soldados para tamaña empresa. María de Guadalupe era la que dirigia por su mano á Hernan Cortés en sus conquistas y triunfos. Ella daba prudencia á los generales, valor á los soldados y el acierto en las resoluciones. ¿Quién sino ella deshizo los poderosos ejércitos de millares de indios con solos cuatrocientos españoles? Registrád, señores míos, los anales de la historia, y ved si hallaréis prodigios tan estupendos, maravillas mas inauditas.

Pero estos triunfos y conquistas los acompaña María de Guadalupe con el establecimiento y propagacion del cristianismo en Méjico y en todas las Américas. Pues en los mismos principios de su aparicion en aquel dichoso lugar ya admira su venturoso pueblo la rapidez con que una virtud invisible le conduce al colmo de su felicidad: apenas brilla esta estrella mística sobre el hemisferio de Méjico, cuando esparce sus resplando-

res sobre toda la comarca y disipa los negros vapores del error: la presencia de su simulacro, semejante á aquellas misteriosas trompetas de Israel que derribaron los baluartes de la orgullosa Jericó, ahuyenta las potestades infernales, y anuncia la ruina total del paganismo, obrando en los corazones de sus moradores, con una prodigiosa, pero suave violencia, la extraordinaria trasformacion, que no pudieron conseguir los mas célebres capitanes con todo el aparato militar de sus armas. La gentilidad tiembla; las estatuas de las falsas divinidades se desploman, como la de Dagon en presencia de la nueva Arca; sus oráculos enmudecen; el antiguo Dragon brama bajo el peso del impulso virginal que lo oprime; los altares profanos titubean y se desquician; los idólatras se turban y detestan sus falsos ritos; el vicio se avergüenza; y la Religion cristiana fija su trono en medio de aquellos felices neófitos.

Yo te saludo, ó dia para siempre memorable en los anales de la historia de Méjico: mi imaginacion, subiendo por el rio de los sucesos que se han despeñado de ti, no puede dejar de contemplarte como la fuente y origen de los favores y felicidades que en las Américas se han derramado. En ti se cumplió á la letra aquella famosa prediccion del Génesis, en que Dios, para confusion del demonio, le pronosticó que una mujer seria el terror de la serpiente, cuya cerviz habia de pisar con sus plantas vencedoras (1), pues el reino de Satanas, continuado en aquel pueblo por tantos siglos, se convirtió en teatro funesto de su infamia; y el que hacia arrodillar á sus piés á tantos ciegos adoradores, se vió en un momento postrado con ignominia á las plantas virginales de María de Guadalupe y atado vergonzosamente al carro de su triunfo. En ti los americanos despreciaron el culto supersticioso; se avergonzaron de los inciensos que habian quemado á la faz de sus divinidades, de los votos con que las habian adorado y de la ciega confianza que en ellas habian puesto. En ti arruinaron tumultuariamente sus templos, derribaron sus altares, despedazaron sus ídolos, abominaron sus predicciones, detestaron sus prestigios, levantaron el estandarte de la cruz sobre sus cenizas, recibieron el Evangelio, y confesaron públicamente que solo el Criador del universo merecia sus respetos y adoraciones. En ti en fin se vieron tras-

(1) *Genes. c. 3. v. 15.*

formadas la barbarie en piedad, la ferocidad en mansedumbre, la rusticidad en cultura, y la disolucion en modestia.

Si lo dicho hasta aquí, señores míos, no bastara para conocer el gran beneficio que hizo María á los americanos en la milagrosa aparicion de su imágen de Guadalupe, yo os diria que el incremento y esplendor que allí tiene el cristianismo en sus templos y en sus ministros, es beneficio de María de Guadalupe. Yo os diria que á ella se deben las famosas misiones de las Californias, del Perú, de Quito, y que bajo su vigilancia han florecido un sinnúmero de prelados célebres por su virtud y doctrina. Se han fundado millares de conventos, seminarios de famosos misioneros, y han nacido para la Iglesia santos de extraordinaria grandeza. Os diria que á María de Guadalupe se debe la celebracion de los Concilios de Méjico, de Lima, de Cartagena y otros, que han formado los cánones de la disciplina de la iglesia americana; que bajo su amparo se han erigido famosas universidades, de donde han salido hombres eminentes en todo género de literatura. Os diria que María de Guadalupe es la autora de tantas instituciones pias, de tantas casas de hospicio, de tan grandes festividades, de tantas cofradías, de tantas hermandades y de tantos ejemplos de virtud, cuantos se ven en América. Yo os diria que esas luces que recibe el entendimiento, esos santos deseos que inflaman la voluntad, esos gozos espirituales que inundan el corazon, y esas impresiones de la gracia que róbustecen el alma, todo se debe á María de Guadalupe. Os diria...; pero ¿qué os podré decir, que no os lo diga con las palabras de mi tema? con la milagrosa aparicion de Guadalupe vinieron á las Américas juntos todos los bienes.

Alégrate en el Señor, Iglesia santa, y entona himnos de loor y alabanza al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, por la misericordia que ha usado contigo por medio de María de Guadalupe. Por ella has visto añadirse á tu rebaño esa porcion estimable de ovejas descarriadas, que refugiándose en tu seno, han formado la diadema de alegría que has ceñido en la plenitud de tu gozo: por ella has visto renacer el espíritu de los Pablos en tantos apóstoles, que han anunciado en aquellas bárbaras regiones el santo nombre de Jesus: por ella se han suscitado muchos profetas, que semejantes á Elías y Eliseo, hacian bajar fuego del cielo, tronar los elementos y dar vida á los muertos: por ella se ha reproducido la constancia de los Esté-

vanes y Policarpos en tantos mártires, que han dado gustosamente sus vidas en medio de los mayores tormentos en testimonio del Evangelio. Por ella finalmente han revivido las famosas austeridades de los Antonios y Pelagios en muchísimos varones y tiernas doncellas, que negados á sí mismos y al mundo, han estampado en su cuerpo la dolorosa imágen del Crucificado.

Levante en hora buena erguida su frente el monstruo de la herejía é incredulidad; únanse los impíos patriarcas de las sectas, los Luteros, los Calvinos, los Voltairs y los Roussós para derribar el famoso edificio de la Iglesia, y apartar de su seno á familias, provincias y reinos enteros; que en el mismo tiempo María de Guadalupe hace entrar en los graneros del Padre celestial á doce millones de indios, que, unidos á los demas creyentes, unos son sus sentimientos, una su moral, una su Fe. Envíen aquellos sus comisarios para extender el reino de la impiedad; que María de Guadalupe moverá imperiosamente la voluntad de tantos españoles, para oponerse en aquellas regiones á la entrada del vicio y la incredulidad. Puras y libres del contagio del error se mantienen aquellas tierras: no han llegado allá los mortíferos hálitos de la irreligion; y ¿á quién se debe esto sino á María de Guadalupe? Sea á vos gloria inmortal, ó gran reina de los cielos, por tan imponderable favor. Que vuestra devocion se extienda por todo el ámbito de la tierra, y que no haya mortal alguno que no os tribute himnos de honor y alabanza.

Ahí tenéis, señores, los primeros y principales sucesos del celo y ternura de María de Guadalupe á favor de su pueblo escogido; pero sucesos que ya presagiaban las gracias y mercedes, que en la serie continua de los siglos han disfrutado sus hijos adoptivos. Á la invocacion de su nombre se han restituído á la vida los difuntos enterrados en las lóbregas concavidades de su sepulcro; han recobrado los ciegos la vista, los mudos el habla, los tullidos el uso libre de sus piés, los desahuciados se han librado de las fauces de la muerte, los afligidos han hallado consuelo en sus tribulaciones, y apenas ha habido alguno, que implorando su maternal proteccion, no haya tocado con las manos su total mejoría, de modo que hasta en los campos se ha visto introducir la abundancia, se fertilizaron las estaciones, las mieses multiplicaron los granos, los árboles se poblaron de frutos, y toda su region, á manera de la tierra de Gesen, parecia manaba leche y miel.

Si yo pudiera, señores míos, conducirlos á las sagradas plantas del divino simulacro de María de Guadalupe, allí veriais por vuestros ojos lo que os he dicho hasta aquí: allí admirariais el tropel confuso de todos los estados, edades y condiciones, que postrados ante sus sagradas aras, piden y alcanzan prontamente la felicidad para sus almas y sus cuerpos. Id vosotros en espíritu á aquel dichoso lugar, trasportáos con la imaginacion á las puertas de aquel santuario, y contemplád con asombro suspensas en sus paredes y su imágen una armoniosa mezcla de efigies, que representan á los muertos resucitados á la vida, á los enfermos restituídos á la salud, á los encarcelados puestos en libertad, á los caminantes preservados de la ferocidad de las fieras, á los precipitados de lo alto de las fábricas sostenidos en el aire, á los naufragos puestos en seguridad, á los pecadores obstinados que han alcanzado su verdadera conversion, á los atribulados que han conseguido el alivio de sus penas, y á muchos agitados con las olas de las tentaciones que las han calmado al pié de su simulacro.

Esta es, ó venturosos mejicanos, aquella misteriosa luna, que refieren vuestras fábulas, haber aparecido sobre la laguna, para indicar el lugar de vuestra soberbia ciudad. María de Guadalupe, mas fecunda y hermosa que este planeta brillante, ha derramado sobre vosotros sus bendiciones. Se conserva en vosotros, y se conservará para siempre indeleble la grata memoria de aquel dia memorable, en que, colocada su imágen en una canoa, os libró de la inundacion que amenazaba sepultaros entre las ruínas de vuestros soberbios edificios; Con qué gozo de vuestro espíritu visteis amanecer sobre vosotros el arco iris de la libertad y de vuestra salvacion! Escribí en vuestras historias estos rasgos magníficos de la beneficencia de María de Guadalupe, y dad á conocer á todo el universo, que á ninguno cedéis en honrarla y obsequiarla.

De esa manera, españoles, os muestra María su amor y benevolencia. No se encierran tansolamente en las Américas sus benignos influjos, sí que tambien llegan en abundancia á la Península. Los mismos beneficios que derrama sobre los indios, los mismos nos concede á nosotros. Ella ha dicho, que era la salud y la vida, y una y otra ha comunicado á los dos hemisferios. ¿Quién del continente ha acudido á esta Señora, que no haya sido desde luego socorrido? Ella ha renovado en nosotros

los prodigios de beneficencia que habia obrado desde el origen de la Iglesia bajo los gloriosos títulos del Pilar, Covadonga, Monserrate, Aranzazu, y Atocha. Y así bendita seáis para siempre, soberana Judit, mas valerosa y compasiva que la heroína de Betulia: vos sois la gloria de Méjico, la alegría de la América setentrional y la honra de vuestro amado pueblo.

Es por demas, señores, despues de tantos favores y gracias que María nos ha dispensado, el deciros, que nosotros le debemos corresponder con nuestras obras. Si María se interesa en nuestro favor, es para que acreditemos con acciones cristianas que somos sus verdaderos hijos. Así experimentaremos su proteccion soberana en esta vida, y seremos despues sus compañeros en la gloria.